

Yamicela Torres
Santana

*Edición en solitario/
edición en equipo.
Tendencias en la
producción editorial
cubana actual*

Antes del triunfo de la Revolución en Cuba no existía un sistema editorial que respondiera a los intereses literarios y culturales de la población. La república neocolonial, a través de sus diferentes gobernantes, abarcó un período de despreocupación y oscuridad en este sentido. La producción de libros se reducía a unos pocos textos de enseñanza que, básicamente, se vendían a las escuelas privadas. Por otra parte, los escritores que lograban editar algún libro, tenían que hacerlo costeadando una edición limitada, la cual casi siempre se obsequiaba a un grupo reducido de allegados.

La industria del libro no era una preocupación para el Estado; de hecho, solo existían pequeñas imprentas que constituían empresas particulares en las que el gobierno no tenía interés desde el punto de vista cultural. El analfabetismo existente tampoco garantizaba un gran número de lectores, por lo que de haber existido una alta producción literaria, esta no hubiera logrado su objetivo. Además, la casi total ausencia de instituciones culturales, educacionales y editoriales propició que no se desarrollara un movimiento literario-editorial sostenido.

Con el triunfo revolucionario de 1959 ocurrió una explosión cultural en todos los sentidos. El Estado comenzó a trazar una política cultural cuyas bases se sentaron entre 1959 y la década de los sesentas. Como era de esperarse, al principio los cambios en el orden editorial fueron modestos, pues los libros se producían de la misma forma que antes. La política cultural en estos tiempos abarcó la difusión y distribución del libro, teniendo en cuenta

que se había llevado a cabo una campaña alfabetizadora a nivel nacional, y el pueblo ya podía recibir aquellas tiradas masivas de diferentes títulos de la literatura cubana y universal.

En estos años surgen instituciones vitales para el desarrollo literario, como la UNEAC, *La Gaceta de Cuba*, Ediciones Unión, la Imprenta Nacional, entre otras. Desde marzo de 1959 la Ley 187 crea la Imprenta Nacional de Cuba, con el fin de estimular la producción literaria —incluidos los libros de texto—, dentro de una política cultural que conjugaba los aspectos cultural, educacional, gráfico y técnico. De esta forma se estipula por primera vez el proyecto de un sistema editorial consecuente con una visión cultural nacional (Smorkaloff, 1987:117).

De 1962 a 1966 se reorganiza el sistema editorial, y se perfecciona la labor de la etapa anterior. Se comienza a trabajar desde el punto de vista creativo con la incorporación de artistas gráficos, pintores, etc. Más que en la etapa inicial, se necesita la formación de editores, redactores, correctores y diseñadores, en concordancia con las exigencias de publicación de títulos literarios, científicos, técnicos, nacionales e internacionales. Esto supone un reto, pues el trabajador editorial se va formando en la práctica diaria, independientemente de su formación en academias o universidades. El editor tiene que desarrollarse sobre la práctica, hasta dar con las soluciones acordes a cada situación.

Con el paso de los años, las facultades de Letras fueron incorporando conocimientos nuevos en un proceso de formación de profesionales capaces de enfrentar la labor editorial. Se han sumado también profesores y escritores.

Con el surgimiento en 1967 del Instituto Cubano del Libro (ICL) se creó un sistema dedicado a organizar los diferentes componentes de la industria del libro. De esta forma surgieron los núcleos de lo que más tarde serían las distintas editoriales: Arte y Literatura, Ciencia y Técnica, Ciencias Sociales, Gente Nueva, Pueblo y Educación, entre otros. Cada editorial asumió su perfil, sobre cuya base hoy todavía se divide el trabajo. Esto llevó a la especialización en la edición. Así, editoriales como Arte y Literatura, con redacciones según el área geográfica del texto o los distintos géneros, requirieron que los editores se convirtieran en buenos conocedores de la materia a trabajar.

El trabajo editorial, al menos en Cuba, se realiza desde entonces más o menos de la misma forma. Después de la aprobación

del texto se procede a la fase de redacción, que incluye la lectura inicial, redacción de estilo, cotejos de citas (si los lleva); luego la corrección (que se puede repetir al final de cada fase intermedia), diseño, impresión y acabado. Estos pasos pueden variar e incluso obviarse algunos, de una editorial a otra, en dependencia de sus características y la magnitud de la labor, e implican al editor en concordancia con las condiciones reales de cada casa editorial.

Según Teté Blanco, editora de gran experiencia y prestigio, en los últimos años el proceso editorial se ha estado violando. Contrariamente a lo que puede pensarse, la introducción de la computación ha propiciado que el editor, en muchas ocasiones a causa de la rapidez, haga todos los procesos de lectura y corrección sin que el texto pase por las manos de los correctores. Además de esto, cualquier editor puede llevar a la vez dos o tres libros, según el cúmulo de trabajo, y los procesos intermedios se han violentado hasta tal punto que en ocasiones la búsqueda de la terminación para cumplir compromisos afecta el resultado.

«Es muy difícil que ahora un editor vea el libro en su totalidad desde los primeros procesos [...] En vez del tan desalmado *vale todo* habría que decir se *viola todo...*» (:75) Al final, como afirma la autora de este trabajo, el editor investiga menos, lee menos, independientemente de que su formación es más completa que antes; pues es obligatorio, salvo casos excepcionales, que sea graduado universitario.

Por otra parte, llama la atención la preocupación mostrada por muchos estudiosos y editores, desde el año 2000 hasta la fecha, por el considerable aumento de las erratas en los libros. Varios han sido los trabajos consultados en diferentes publicaciones periódicas desde 2000 hasta 2005. Luis Toledo Sande, en su trabajo «¡Eh, ratas! (Monstruos vs. editores)», publicado en *Islas 135*, además de ofrecer un recorrido por algunos ejemplos y casos específicos, hace un llamado a aquellos que trabajan en el medio, que emplean la tecnología y revisan, en fin, cada palabra en un libro. «La integridad del texto es uno de los mayores y más legítimos derechos de autor » (:14).

Este investigador reflexiona sobre las causas que pueden originar las erratas, pues aunque muchas provienen de lo que quiso decir el autor, otras se adquieren o no son detectadas en el camino. Como aclara Toledo Sande, «es justo no olvidar que no siempre las equivocaciones presentes en un texto son ajenas al autor,

aunque los editores se las echen encima con fe de erratas o sin ella: editorialmente, no detectar una falta equivale casi siempre a cometerla» (:19).

Rayma Elena Hernández, por su parte, encuentra en el aumento del número de editoriales y de posibilidades para publicar, una de las causas del incremento de erratas en nuestras publicaciones. (:47)

Sobre el tema de las erratas habría mucho que decir, y las causas pudieran clasificarse, sin duda, de diferente forma. Este trabajo se encamina hacia lo que pudiera ser una causa importante de que nuestros libros sigan saliendo con tal estigma: el incumplimiento de los pasos del proceso editorial. Por ello se hace necesario hacer una pesquisa para determinar si, en efecto, hay una tendencia en nuestras editoriales a realizar los procesos técnicos a medias.

Esta investigación parte de estos antecedentes bibliográficos y pretende explorar el comportamiento hacia dos tendencias contemporáneas de la edición (en solitario o en conjunto), con el propósito ya declarado de arrojar claridad sobre las posibles causas del aumento de erratas en nuestros libros.

Colateralmente, se estará indagando acerca del modo más profesional o más amateur con que se asume la edición en el contexto de la Cuba actual.

El desarrollo del informe se divide en tres apartados sucesivos: el primero con un acercamiento al proceso editorial en Cuba; el segundo con la explicación de aspectos conceptuales y metodológicos imprescindibles; el tercero con los resultados concretos de una investigación en la cual lo cuantitativo (trabajo priorizado con las estadísticas en la prospección practicada) deviene un resultado cualitativo de gran valor. Para completar el informe, se adicionan conclusiones, recomendaciones, bibliografía y anexos.

Acercamiento al proceso editorial en Cuba y su comportamiento (1967-1999)

El proceso editorial en Cuba está rectorado por el Instituto Cubano del Libro, como instancia superior que controla y dirige la edición, por lo tanto ha elaborado las normas para la edición de libros y folletos. La norma vigente y considerada al efecto de la presente investigación es la Norma Ramal NRCU 024:88, que tiene más de quince años. Pero a partir del año 2005 se ha hecho

circular una nueva Norma Editorial que recoge la experiencia acumulada por los editores en nuestro país, y que también puede ser de utilidad en este informe.

En uno de los acápites, esta nueva Norma establece todo lo concerniente al trabajo de redacción y el papel del editor en este proceso. (La norma anterior no relacionaba los pasos de un proceso editorial.) La redacción del texto, una vez aprobada su publicación, centra la atención en varios pasos, que son realizados por el editor:

1. Trabajo con el original: supone la revisión de gramática, estilo, estructura textual, bibliografía; cotejo de citas; confección de páginas de créditos, portadas, portadillas, notas necesarias; empleará la simbología requerida al margen del original, de ser necesario efectuar cambios o consultas.
2. Con las ilustraciones: incluye el chequeo de los pies, leyendas y ubicación en el texto.
3. Con las tablas: garantiza la ubicación de las tablas, su correspondencia con el texto, así como las aclaraciones en caso necesario.
4. Consulta técnica: se refiere a la aclaración con el autor de dudas y señalamientos.
5. Filtraje del original: lectura general del texto para comprobar su unidad general y orden.
6. Revisión de los arreglos realizados: el material impreso debe coincidir con el original aprobado por el autor.
7. Revisión del marcaje tipográfico: en coordinación con el diseñador, el editor analiza las tipografías, tipos de párrafo, puntaje, notas, páginas en blanco, así como el cumplimiento de colecciones y perfiles editoriales.
8. Aprobación de los bocetos de cubierta, cuidando los lineamientos del diseño y la aprobación del autor.
9. Aprobación de la cubierta, teniendo en cuenta la presencia de todos los elementos necesarios.
10. Revisión de la primera prueba de composición: aquí se comprueba todo lo relacionado con los espacios, líneas, sangrías, notas, particiones de palabras, títulos, folios, etc.
11. Revisión del arte final: el editor debe revisar que no haya omisiones de texto, que los señalamientos hechos se hayan realizado, la correcta ubicación del ISBN, entre otros aspectos.

Esta Norma además expone los requisitos generales para la edición. Como se puede apreciar, el trabajo del editor debe considerar

un sinnúmero de detalles en cada libro. Y es responsabilidad de esta persona velar por el cumplimiento de cada paso, pues si se obvia alguno las consecuencias más conocidas seguramente serán las famosas erratas, enemigas mortales del editor.

El editor es el mayor responsable del libro que edita. Los demás técnicos que intervienen en el libro (diseñador, corrector, compositor, impresor...) se subordinan a este segundo padre del texto, personaje muchas veces anónimo, pero que siempre carga sobre sus hombros con el nacimiento y desenvolvimiento de ese producto final.

Como expone la Norma, el editor debe revisar cada libro en varias ocasiones y con diferentes objetivos; por lo tanto, este documento prevé un mínimo de intervenciones a respetar en el proceso editorial. Estas intervenciones pueden variar en dependencia del género, la complejidad del texto o la experiencia del editor.

La corrección también juega un importante papel en este sentido, pues es bien conocido que de leer tantas veces un mismo texto, la vista puede cansarse y no reconocer errores que para otros resultan evidentes. Por eso la figura del corrector es necesaria en las editoriales, no solo para que revise la ortografía, redacción o sintaxis finales; el corrector debe dominar, al igual que el editor, todos los pasos y especificidades detallados en esta Norma. Casi todas las editoriales nacionales tienen corrector, aunque no se especifique en documento alguno que sea obligatoria la existencia de esta plaza en las casas editoriales.

Para mayor esclarecimiento de la situación investigada, en este trabajo se partió de la revisión de títulos publicados en nuestro país en varias décadas para observar cómo fue, desde los primeros años, la intervención de los técnicos en el proceso editorial. De los sesentas y setentas se escogieron diez títulos pertenecientes a tres editoriales. Solo un caso no expresa los créditos de redacción y corrección en su página legal; por ser una traducción, este fue el único crédito concedido. El resto de los libros tiene edición y corrección.

La década de los ochentas supone una solvencia económica que benefició mucho la producción de títulos. En esta etapa los libros se hacían en grandes tiradas, muchas de ellas masivas, y las editoriales funcionaban sin restricciones de plantilla o personal técnico. Aunque la tecnología empleada era casi toda de los países socialistas, su uso estaba acorde con lo que se producía

en el país. Los libros eran muy baratos. La etapa coincide con la que plantea Teté Blanco en su trabajo, en la cual cada paso era de estricto cumplimiento, independientemente de que la fase productiva resultaba más engorrosa debido a la utilización de máquinas que exigían una mayor dedicación manual para la culminación del libro. En estos años, de los 55 títulos revisados de las tres editoriales solo 7 contemplan nada más el crédito de edición. Esto indica que el resto de estos libros, al parecer, fue objeto de un proceso completo en que intervinieron editores y correctores; es decir, los textos fueron intervenidos por más de un técnico (la edición fue en equipo).

En los noventa comenzó el período especial y la producción de libros cayó junto con el resto de la economía cubana. Las casas editoriales tuvieron que reducir los planes casi hasta cero. La cantidad y calidad de los libros disminuyó estrepitosamente, y con eso vino que las plantillas también se vieran afectadas. De los 55 nuevos títulos revisados de las mismas editoriales se pudo ver que 13 aparecen solo con el crédito de edición, lo que significa que a los 42 restantes se le efectuaron todos los pasos.

Por lo encontrado en esta muestra se puede plantear que desde que quedó instituido el sistema editorial cubano existió la preocupación por un proceso editorial completo en nuestro país, y las primeras décadas así lo atestiguan. En muchas ocasiones la corrección se hacía por más de un técnico; incluso se llegaba a considerar la edición separada de la redacción, por lo que a veces intervenían hasta tres técnicos en esta parte del proceso. Si el libro es una traducción – como en algunos de Arte y Literatura – entonces se sumaba la labor del traductor, que en muchos casos sabemos que es editor. Como vemos, en estas dos décadas, independientemente de que en una existiera mayor cantidad de recursos económicos que la otra, que en los noventa fueran la casi desaparición del libro, un 96 % de los títulos muestreados tuvo su proceso editorial completo; la tendencia fue a una edición en equipo.

Principios de la investigación

Cuando a finales de la década de los noventa surgieron los primeros programas de la masivización de la cultura, el de la lectura fue uno de ellos. Con la asignación a cada provincia de una máquina impresora no profesional, computadoras y otros aditamen-

tos, se comienza el programa de ediciones territoriales. Así se inicia un camino de ya más de cinco años, que al principio se convirtió en alternativa de publicación para muchos autores que no lograban insertar sus libros en los reducidos planes editoriales de la capital, pero que ha sido también una vía para que títulos locales, que no son de interés nacional, puedan hacerse realidad en cada territorio.

Se escogió el período 2000-2005 por representar una etapa de resurgimiento de la industria del libro después de un período de crisis. Además del programa de ediciones territoriales (también llamado Riso, por el nombre de la máquina impresora), el Estado ha subvencionado en estos años el Plan Especial, por el cual se editan numerosos títulos para cada feria del libro. Todo esto forma parte de la Batalla de Ideas y del propósito de masivización de la cultura.

Dentro del período señalado se escogieron tres de las llamadas editoriales nacionales y una representación de las editoriales territoriales o territorios con más de una editorial. Es bueno aclarar que en las editoriales nacionales la dirección se subordina directamente a la del ICL, mientras que en las territoriales se subordina, por una parte, al Centro Provincial del Libro y la Literatura (CPLL), y este a la Dirección Provincial de Cultura; y por otra, al departamento de Política Editorial del ICL.

Las editoriales territoriales responden al ICL en todo lo que a política editorial se refiere; es decir, del ICL se reciben todas las orientaciones para el trabajo: elementos a tener en cuenta en la elaboración de planes editoriales, aprobación final de estos planes, pagos a autores, aprobación de tiradas, coordinación para la promoción de autores y libros en ferias y eventos nacionales e internacionales, etc. El ICL garantiza todo el aseguramiento material a los territorios para efectuar estos planes editoriales. Por su parte, el CPLL es responsable de aplicar esa política, además de asumir otras funciones comerciales y promocionales. La Dirección Provincial de Cultura, dado el caso, tiene una mayor o menor implicación en todo el proceso editorial. En Villa Clara garantiza un presupuesto en divisa para las cubiertas de los libros, pero esto no sucede igual en el resto de las provincias del país.

Las editoriales nacionales escogidas —como en los períodos anteriores— fueron la Editorial Arte y Literatura (15 títulos), la Editorial Letras Cubanas (20 títulos) y Ediciones Unión (20 títu-

los). Arte y Literatura fue establecida en 1967 como serie editorial del ICL; publica la literatura universal de todos los géneros y épocas, desde la clásica hasta la contemporánea. Letras Cubanas fue fundada en 1977 con el objetivo de editar y difundir la producción literaria cubana de todos los tiempos. Por su parte, Ediciones Unión, por su parte perteneciente a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), tiene el fin de publicar la literatura escrita por los miembros de esta organización.

En cuanto a las editoriales territoriales se escogieron diez territorios: Pinar del Río (Ediciones Loynaz), La Habana (Ediciones Extramuros y Ediciones Unicornio), Matanzas (Ediciones Matanzas), Villa Clara (Editorial Capiro y Ediciones Sed de Belleza), Cienfuegos (Ediciones Reina del mar y Ediciones Mecenas), Sancti Spiritus (Ediciones Luminaria), Ciego de Ávila (Ediciones Ávila), Camagüey (Ediciones Ácana), Holguín (Ediciones Holguín) y Santiago de Cuba (Ediciones Santiago).

Algunas de estas editoriales surgieron antes de 2000 y muchas de las nuevas lo hicieron sin condiciones reales de espacio o personal; pero de igual forma se comenzaron a hacer libros, con planes editoriales de hasta más de cincuenta títulos en cada provincia. En la actualidad, después de cinco años, casi ninguna de estas instituciones cuenta con una plantilla que se corresponda con lo que realmente allí se hace. En la mayoría de los casos el editor ocupa una plaza de promotor cultural y no existen las de corrector o diseñador, y mucho menos la de director.¹

Es bueno aclarar que las plantillas laborales en las provincias dependen de la dirección de cultura. En el caso específico de Villa Clara, desde principios de 2005, la editorial Capiro cuenta con plazas de corrector y diseñador, labores que antes, o no se hacían (la primera) o se contrataban (la segunda). Santiago de Cuba, por ejemplo, tiene solo dos editores (que no cobran como tal) y uno de ellos hace también el diseño de los textos.²

A lo anterior habría que añadir el cúmulo de libros que debe editar cada uno de estos editores, debido a la cantidad de títulos en los planes editoriales; además y son géneros que obligan a aumentar el estudio y especialización múltiple.

¹ Esta información se supo por intercambio personal con diferentes directivos y escritores de las provincias.

² Ídem.

En estos momentos hay una revisión de este tema por parte del ICL, cuya dirección ha hecho un llamado a las provincias con el fin de que se analice en cada caso la reducción de dichos planes. Es cierto que ya no vivimos el año 2000, cuando comenzó este programa, etapa en que el número de libros por publicar en cada región era inmenso, debido a la acumulación de más de diez años sin apenas publicarse. Por otro lado, uno de los objetivos de este programa de publicaciones ha sido el de los libros de temática histórica e investigaciones de otro corte que se realizan en los territorios, temas para los cuales también han debido prepararse los editores. Hoy los planes son mucho menores, pero a principios de la década de 2000 hubo que dar respuesta a problemas como ese, así como a la expectativa de que todos los municipios y autores inéditos de valor también tuvieran su espacio.

De esta forma, en 2006 los planes editoriales son, sin duda, más pequeños que en años anteriores, pero aún sobrepasan en casi todos los casos los 30 títulos, y los técnicos siguen siendo insuficientes. La tecnología, para la cual no existe reposición, ha caducado y sufre roturas con bastante frecuencia. Finalmente, el acabado de los libros se hace manual, cuestión que atrasa el cumplimiento de los cronogramas.

La inexistencia de plazas oficiales de editores, correctores o diseñadores, más la alta producción editorial en los territorios con dificultades de diversa índole pudiera afectar la calidad de los libros, pues, indiscutiblemente, la ausencia de alguno de los técnicos o la tergiversación de las funciones por parte de los que existen, atenta contra los procesos, propicia que muchos pasos se violen y que la calidad del libro cubano disminuya.

Finalmente, vale apuntar que en esta investigación no se desconoce la circunstancia eventual de que en algunos momentos se haya omitido en la página de créditos de un libro el nombre del corrector, pero dado que esta es una información irrecuperable estadísticamente a estas alturas, se ha dado relevancia en el 100 % de los libros de la muestra a la información de la página de créditos.

Resultados de la investigación (2000-2005)

Si bien hasta los años noventa se observaba la tendencia a realizar el proceso editorial completo, en el período 2000-2005 las mismas editoriales muestran un panorama diferente. De los 55 títulos solo 10 presentan los créditos de edición y corrección.

Es conocido que estas editoriales se dividen en redacciones por género, y si se observa este aspecto vemos que los tres títulos de la Editorial Letras Cubanas cuyo proceso es completo, no pertenecen a la misma redacción, solo 2 de ellos (*Priapos* y *Café frente al mar*) son de narrativa y 1 (*Noche insular*) es de poesía. Pero dentro de la muestra hay otros libros de estos géneros que tienen un proceso incompleto, 7 de poesía y 9 de narrativa, por lo que se puede deducir que en los 3 casos mencionados la corrección ha sido eventual.

De los 20 libros tomados de Ediciones Unión, 11 son de poesía y 4 de ensayo; ninguno de ellos presenta corrección. Sin embargo, de los 5 restantes (4 de narrativa y 1 de teatro), 4 títulos tienen corrección, y como 3 son de narrativa, pudiera deducirse que para los dos primeros géneros no hay corrector en esta casa editora.

En la Editorial Arte y Literatura los 3 títulos que tienen el proceso completo son de narrativa.

Como vemos, al comparar con las etapas anteriores, la situación se revierte totalmente hacia el extremo opuesto. Si se superaron los difíciles años noventa, con sus reducidos recursos, y se entró en una etapa donde prima el criterio de la masivización de la cultura, es difícil entender por qué se descuida este aspecto en las editoriales.

Por una parte, el libro ha recobrado su espacio después de la crisis de los años más duros del Período Especial. Las ferias constituyen el evento cultural más importante del país, han vuelto las tiradas masivas y se ha crecido en el número de títulos por año. Por otro lado, se observa en editoriales de prestigio y alcance nacional, como las tomadas para esta investigación, una desaparición casi total de la figura del corrector.

Podemos inferir que en muchos casos las plantillas están incompletas en las diferentes redacciones y, además, no ha sido preocupación de las direcciones de las editoriales completarlas. Si en décadas anteriores, como plantea Teté Blanco, era inconcebible violar algún paso editorial, en la actualidad lo hemos entregado casi todo a los correctores automáticos de las computadoras, en los que se confía ciegamente. Esto constituye el caos en el proceso editorial cubano.

Si analizamos la muestra correspondiente a las editoriales territoriales, la situación es similar. En estos casos, como ya se había enunciado en el capítulo anterior, cada provincia responde a intereses diferentes, pues es allí donde se definen las plantillas.

El ICL no interviene en esta situación ni ha dictado nunca alguna resolución donde se norme cuánto personal debe trabajar en las editoriales según sus categorías, orientaciones, perfiles y cifra de títulos anuales.

La Habana, Camagüey, Pinar del Río y Santiago de Cuba no tienen correctores, y en el resto de los ejemplos la corrección ha sido inestable. Solo en los casos de Holguín y Sancti Spíritus se observa la presencia fija de esta figura. Villa Clara, como se había dicho, solo desde el 2005 tiene corrector en la Editorial Capiro, no así en Sed de Belleza, cuya plantilla no se subordina al CPLL, sino a la Asociación Hermanos Saíz (AHS). En Ciego de Ávila se observa que después de 2002, según la muestra, aparece la figura del corrector.

En los diferentes territorios no hay uniformidad de criterios para este aspecto. En algunos casos —provincias de tradición literaria como Holguín y Villa Clara— se ve la preocupación por el trabajo editorial, no solo manifestada en el completamiento de plantillas, sino también en la terminación y calidad de los libros.

Cada territorio hace casi siempre más de 30 títulos anuales, de géneros de ficción y también de ensayo e investigaciones, libros que requieren de varias revisiones por parte del editor, sobre todo estos últimos.

Hay editoriales, como Capiro, donde se ha tratado de especializar un poco a los editores, de forma tal que al menos los ensayos sean trabajados siempre por un mismo técnico. Pero esto no ocurre de esa forma en el resto de país, primero porque no hay personal para eso, y, segundo, porque en territorios como Santiago de Cuba, casi la mitad de sus libros pertenecen a ese género (los dos géneros más publicados por esta editorial son poesía y ensayo), o sea, es un territorio donde el ensayo se cultiva más que en otros. Eso significa que son textos de mayor complejidad editorial porque llevan cotejos de citas, tablas, bibliografías, notas al pie, entre otros elementos que dificultan el trabajo. A esto se le puede añadir que el editor casi nunca es graduado en una de estas especialidades; es decir, no es historiador, arqueólogo o etnólogo; y si, además, se prescinde de un corrector, la calidad del libro pudiera afectarse en varios aspectos, no ya en las usuales erratas, sino que pelagra el texto en su totalidad.

Habría que analizar entonces cuánto ha podido afectar a nuestros libros la ausencia de los técnicos en los últimos tiempos; y

cómo un proceso que supuestamente ha facilitado el trabajo de los editores, se ha convertido en espada de Damocles sobre sus propias cabezas.

Es indudable que, dadas las muestras de la décadas de los ochentas y los noventas, en comparación con las de los años de 2000 a 2005, la preocupación expresada por Teté Blanco y de la que se parte en este trabajo, tendría que ser una alarma roja para las editoriales cubanas. Es un hecho que tanto en las editoriales nacionales como en las territoriales se violan los pasos del proceso editorial.

Conclusiones

1. Entre las décadas de los ochentas y los noventas es evidente en Cuba una tendencia a la realización de un proceso editorial en equipo. Las estadísticas expresan que un texto era intervenido al menos por dos técnicos.
2. Los informes científicos que denuncian la presencia de erratas en obras publicadas por editoriales cubanas se concentran a partir del año 2000 en adelante, lo cual permite inferir que es a partir de esta etapa cuando las erratas se convierten en un problema visible que afecta la literatura nacional.
3. En la etapa centro de la investigación (2000-2005) se ha verificado una tendencia a realizar la edición en solitario, es decir, con intervenciones efectuadas por un solo técnico. Esto podría ser una de las causas directas del aumento de las erratas en las publicaciones actuales.
4. La ausencia de plazas de correctores en las editoriales puede ser, a su vez, la causa directa de que se esté transitando de la edición en equipo a la edición en solitario en Cuba; dado que origina incumplimientos o violaciones de los pasos de un proceso editorial.

Recomendaciones

1. Facilitar el conocimiento de esta investigación por parte del Instituto Cubano del Libro para que la presidencia de esta institución tome conciencia de la situación de las plantillas en los territorios y en las editoriales nacionales.
2. Proponer un encuentro sistemático de editores (fuera del marco de la Feria Internacional del Libro de La Habana) con el fin

de discutir la nueva Norma Editorial y la situación real de las editoriales en el país.

3. Investigar, a partir de nuestros resultados, hasta qué punto la preparación lingüística de los editores actuales haya podido mermar, con vista a establecer cursos de superación y formación que logren resultados positivos a corto plazo.

Bibliografía

- BÈLIC, OLDRICH (1983): *Introducción a la teoría literaria*, Editorial Arte y Literatura, La Habana.
- BLANCO, TERESA (2003): «Editor en solfa. Violación de pasos en el proceso editorial», *Islas* (138), UCLV, Santa Clara, oct.-dic.
- CARR PARRÚAS, FERNANDO (2004): *Disquisiciones sobre temas editoriales y del idioma*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- CARR PARRÚAS, FERNANDO Y MORALINDA HERNÁNDEZ (2003): *Diccionario de términos de escritura dudosa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- CASANUEVA, ROBERTO (1989): *El libro: su diseño*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- FORNET, AMBROSIO (2002): *El libro en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- GARCÍA VERDECIA, MANUEL (2003) «El editor», *La letra del escriba* (25), Instituto Cubano del Libro, La Habana, mar.-abr.
- ESCARPIT, ROBERT (1971): *Sociología de la literatura*, Oikos-tau ediciones, Barcelona.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, RAYMA ELENA (2003): «Lluvia de erratas. (Breve relación o muestrario que ha de servir al futuro del libro)», *Islas* (138), UCLV, Santa Clara, oct.-dic.
- KAPR, ALBERT (2001): *101 reglas para el diseño de libros*, edición anotada por Misael Moya Méndez, Ediciones Capiro, Santa Clara.
- MOYA MÉNDEZ, MISAEL (2000): *Dos lecciones editoriales*, Ediciones Capiro, Santa Clara.
- _____ (2003): «Categorías de trabajo en edición de textos: breve experiencia con publicaciones cubanas y extranjeras», *Islas* (135), UCLV, Santa Clara, ene.-mar.
- OFICINA NACIONAL DE NORMALIZACIÓN (2005): *Edición de publicaciones no periódicas: requisitos generales*, La Habana.
- SMORKALOFF, PAMELA (1987): *Literatura y edición de libros*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.